

Obstáculos socioculturales a la prevención del embarazo adolescente

Ana María Silva Dreyer

Socióloga, Área de Salud Reproductiva, Instituto de la Mujer

El embarazo adolescente no es un fenómeno nuevo. En décadas anteriores, la fecundidad de las mujeres menores de veinte años era mayor a la actual. Sin embargo, tal como ha sucedido con otros temas tradicionalmente reclusos a la esfera privada, hoy hay mayor visibilidad y conciencia acerca de la sexualidad y la maternidad adolescente. El tema ha sido ampliamente debatido. Se ha hablado, entre otros aspectos, sobre sus diversas causas, su relación con el ambiente afectivo que rodea a la adolescente, y sobre las consecuencias médicas y psicosociales para las jóvenes y sus hijos. También está despertando el reconocimiento de la necesidad de apoyo y prevención, expresado en programas de universidades y organizaciones no gubernamentales, y en políticas públicas impulsadas en los últimos dos años por el Ministerio de Salud, el Ministerio de Educación y el Servicio Nacional de la Mujer.

No obstante, existen obstáculos socioculturales y políticos que deben ser superados para lograr una prevención efectiva y de largo plazo. En este artículo me referiré a dos dificultades, relacionadas al derecho de las mujeres jóvenes a la información, y a la opción sexual y contraceptiva, las cuales son continuamente restringidas por nuestra cultura, nuestra estructura social y nuestro mundo político.

En el plano cultural, la sexualidad, si bien hoy ya reconocida ampliamente como aspecto importante para el desarrollo del individuo, es sin embargo censurada en las mujeres, y especialmente en las jóvenes, cuando se da fuera del matrimonio. Lo natural del ejercicio de la sexualidad es así desvirtuado, y tratado desde un doble estándar moral, según el cual la sexualidad masculina, contrariamente a la femenina, es valorada.

Al mismo tiempo, nuestra sociedad sobredimensiona la sexualidad, atribuyéndole una connotación casi dramática. Contradictoriamente, la liberaliza a través de su uso con fines comerciales. Esta liberalización en el plano económico no tiene un correlato cultural, en el cual siguen imperando visiones totalistas de la ética sexual que niegan la diversidad y la opción individual, y que se presentan como verdades únicas y “naturales”, olvidando su origen histórico-cultural.

Aun cuando los jóvenes tengan una visión más abierta frente al tema que los adultos, los valores señalados siguen condicionando sus actitudes y conductas sexuales y de relación de pareja. Con frecuencia los llevan a vivir la sexualidad con tensiones, falta de espacios adecuados y temores.

La negación de la sexualidad lleva a negar también la prevención, ya que ésta significa un reconocimiento implícito del ejercicio sexual. Por lo tanto, no se asume y prevé el momento en que se mantendrán las relaciones sexuales. Estas se enfrentan como algo del momento, espontáneo, incontrolable, fruto de la pasión, y no como algo justificable y aceptado éticamente.

La censura de la sexualidad femenina, por su parte, tiene como consecuencia que frecuentemente los hombres eluden su responsabilidad preventiva, ya que suelen visualizar a una pareja sexual ocasional como poco digna de respeto e interés por su suerte.

De la negación de la sexualidad juvenil ya señalada se deriva la actitud de los adultos frente a la educación sexual y la contracepción juvenil. Estas son escatimadas por la creencia de que toda información y facilidades preventivas generarían un ambiente permisivo y fomentarían la promiscuidad. Los que piensan así señalan que con ello aumentarían los embarazos adolescentes, contrariamente al objetivo preventivo originalmente perseguido. Sin embargo, la razón de trasfondo de esta argumentación, poco sustentable en los hechos, es más bien el rechazo a que las jóvenes tengan relaciones sexuales.

Los jóvenes, que perciben esta actitud por parte de los adultos, sin limitar el ejercicio de su sexualidad, se inhiben frente a ellos y no acuden en busca de orientación y apoyo. Aun cuando lentamente el

embarazo va siendo cada vez más prevenido por los propios jóvenes mediante el uso de anticonceptivos, siguen enfrentándose solos e insuficientemente informados a las relaciones sexuales y a la prevención de un embarazo inoportuno.

En el ámbito social, los principales obstáculos a la prevención del embarazo juvenil se derivan de una estructura socioeconómica que estratifica a la población desde el punto de vista de su acceso a la información y a la asistencia gineco-obstétrica. Este acceso es menor en los sectores sociales desposeídos y entre éstos, especialmente en los jóvenes. Así, por ejemplo, su menor nivel educacional y su falta de medios para adquirir libros, revistas y periódicos, que son caros en Chile, los aleja de la posibilidad de obtener información científica sobre el tema. La falta de recursos económicos les impide el acceso a la farmacia o a la medicina privada como alternativa al consultorio, en el cual por lo general a las jóvenes, o bien no se les entregan anticonceptivos, o bien hay escasas alternativas contraceptivas.

Desde otro ángulo de la estructura social, es necesario recordar el bajo nivel de democratización cultural existente en nuestro país, que lleva a la concentración del poder en los medios de comunicación masiva, fuertemente condicionados por grupos que se oponen al debate en el tema. La socialización en torno al tema, generada a través de telenovelas, comerciales, entre otros, se origina en una selección basada en criterios comerciales. Estos suelen estar anclados en el refuerzo de los valores tradicionales vigentes y la desinformación, ambos aspectos que restringen la posibilidad de opción.

La monopolización de los espacios más relevantes en los medios por parte de estos sectores de la población hace parecer su visión como “la opinión” de los chilenos y chilenas. Según ella, somos nuevamente divididos en “los buenos” y “los malos”, “los morales” y “los inmorales”. La opinión de la ciudadanía, sus matices y diferencias, no se manifiesta y no se siente como legítima. Acostumbrada en la última década a adaptarse y evitar el conflicto, la gente sigue adhiriendo a la corriente de opinión más expresada en los medios. Esta vez en el plano cultural y a través de los medios informativos, la polarización actúa como mecanismo de control ideológico.

Finalmente, nuestra sociedad discrimina y da poco poder a los jóvenes, los cuales son considerados como en etapa de transición a la adultez. Su capacidad de decisión y, por ende, sentido de la responsabilidad, es poco estimulada a través de la educación. Sus opciones son negadas por los adultos, y su opinión pesa poco. Todo lo anterior obstaculiza la toma de conciencia y maduración colectiva de la juventud frente al tema, limitando así sus actitudes preventivas.

En el plano político se ha desarrollado un mecanismo muy eficaz de silenciamiento de las opiniones más liberales y de limitación de la educación y la planificación familiar para los jóvenes. Este consiste en transformar las posturas que se alejan del esquema sexual tradicional en un costo político. La presión política, que puede parecernos legítima en diferentes temas, no lo es en el ámbito de lo cultural, porque impide la discusión seria del tema y porque dificulta la libertad de expresión. Además, esta presión es autoritaria, en tanto oculta la real opinión de la población con todos sus matices. Las tendencias políticas, con su discurso monolítico, se adueñan de la opinión pública, aun cuando no necesariamente la representan, y pretenden normarla valóricamente sin respetar el ámbito de las libertades individuales. La elevación de la moral sexual tradicional a absoluta tiende al fundamentalismo ideológico y a la peligrosa confusión entre conducción política e imposición cultural. Lo anterior, además, coarta la expresión de los referentes políticos juveniles, los cuales pierden autonomía ideológica frente a la estructura partidaria global, dejando de representar las inquietudes de los jóvenes.

Otra de las consecuencias graves que genera esta intolerancia es la disociación entre el discurso público y la práctica privada. Ello induce al cinismo y a la hipocresía, lo que es nocivo para la sociedad, ya que llevan a la pasividad de la población. En la esfera de lo individual, la gente no es tan fácilmente manipulable e influenciable como muchos políticos quisieran creer. Diversas investigaciones y experiencias educativas desarrolladas en Chile en los últimos años han demostrado la baja credibilidad que tiene la opinión de los políticos —que es considerada oportunista y poco veraz— en temas tales como la sexualidad, el divorcio, y otros de la esfera cultural.

El objetivo de las diversas restricciones señaladas es evitar la discusión abierta y con ello la relativización del tema, ya que ésta implicaría una brecha en las posturas absolutas, y llevaría a la aceptación de visiones diferentes. Esto es lo que explica, en parte, la agresividad de los sectores

ideológicamente más conservadores frente a aquellos que postulan que la opción sexual debe ser libremente elegida por las personas.

No queremos desconocer la validez de que cada uno plantee y defienda sus opciones, y aun que busque la convicción de los demás. Ello es parte del juego democrático. Pero es reñido con esta democracia el que en esta defensa se niegue la libertad del otro y se busque la imposición de un modelo sexual único, limitando —en la práctica— la concreción de la pluralidad, y desconfiando de la capacidad y el derecho a la autodeterminación de los individuos. Sería importante explicarles a aquellos que temen a las posturas más liberales, que éstas no quieren imponerse. Los que las sustentan, tan sólo quieren evitar que otras visiones se les impongan. Es necesario aclarar que la flexibilidad da lugar tanto a que se reconozca la validez de la opción célibe si nace de una autodeterminación consciente, como a la crítica de una liberalidad originada en la presión social o individual.

Finalmente, la tendencia decreciente de las tasas de fecundidad y del aborto inducido en países culturalmente más tolerantes frente a la sexualidad y la contracepción femenina y juvenil, tales como las europeas occidentales y especialmente las escandinavas, demuestran que éste es el mejor camino para lograr una actitud preventiva frente al embarazo adolescente. A la vez, indican que esta predisposición cultural requiere de una infraestructura social que posibilite la concreción de la conducta preventiva de los jóvenes.

Santiago, septiembre 1992